

La vergüenza de Guantánamo en *THE MAURITANIAN* (2021) de Kevin McDonald

Por IGOR BARRENETXEA
MARAÑÓN

Tras el 11-S, EE UU se lanzó a una *cruzada* para vengar lo sucedido en

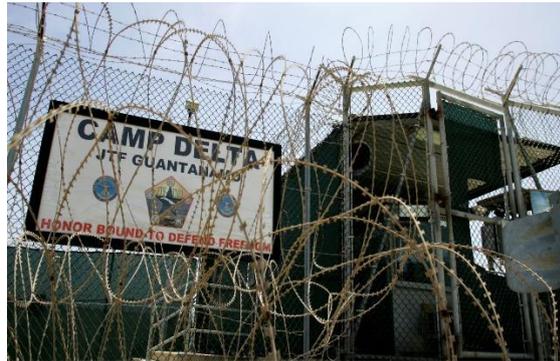
las Torres Gemelas. Herida en su orgullo, la Casa Blanca movilizó todos sus recursos y sus aliados a lo largo y ancho del mundo para buscar a los culpables y ajusticiarlos. Osama Bin Laden, sin duda alguna, se convertiría, hasta su muerte, en el enemigo público número uno del país. Así mismo, los trapos sucios tras esta estrategia son, tal vez, menos conocidos. Invasiones, sí, y también muchas crueldades.

The Mauritanian es el testimonio de uno de esos hombres que acabaron en la fatídica prisión de Guantánamo, Mohamedou Ould Slahi, encarnado por un excelente actor francés Tahrar Rahim. Detenido sin cargos, durante la boda familiar en su Mauritania natal, tan solo por meras sospechas de sus vínculos con Al-Qaeda, la película se convierte en un alegato crítico rotundo y manifiesto contra la violación de los Derechos Humanos perpetrada por el supuesto *paladín* de la libertad.



McDonald, bregado documentalista, también ha destacado en otra serie de filmes sólidos como *El último rey de Escocia* (2006) y *La sombra del poder* (2009), así como en algunos trabajos para la televisión como *22.11.63* (TV, 2016) y *Oasis* (TV, 2017). El argumento de *The Mauritanian* se divide en dos líneas distintas. Por un lado, el proceso para reivindicar la puesta en libertad de Mohamedou, liderado por la abogada Nancy Hollander (una eficaz Jodie Foster) y su ayudante Teri Duncan (Shailene Woodley), frente a su homólogo militar, al frente de la fiscalía, el coronel Stuart (Benedict Cumberbatch); y por otro, la amarga y terrible experiencia de Mohamedou en Guantánamo. Construido como piezas

de un gigantesco mosaico (debido a su inserto de *flashback* y de las tramas paralelas), la valiente realización no acabará de encajar todas sus piezas con la debida soltura, pero es lo suficientemente ilustrativa y reveladora para que el espectador salga concienciado y horrorizado a la vez sobre estos hechos que, si no fuera porque son verídicos, parecerían increíbles. Una muestra más de que no hay sociedades perfectas y que el impacto del 11-S no trajo consigo una mayor lucidez y comprensión del mundo por parte de EE UU sino la activación de una política desquiciada, a la que tanto el presidente Bush como su vicepresidente Rumsfeld dieron luz verde.



El largometraje, aparte de insistir sobre esta doble responsabilidad, va desvelando el complejo y opaco tejido interno de los servicios de inteligencia, guardianes celosos de información restringida (que esconde tras de sí toda una serie de políticas deshumanizadas), detalla la terrible vida de los reos en Guantánamo, sus torturas y las temibles humillaciones físicas y psicológicas a las que son sometidos, así como la injusticia final. Por ello, tanto la abogada Duncan como el fiscal militar Stuart se encontrarán, por vías

opuestas, enfrentándose a un sistema al que no le interesa la verdad, sino encontrar a un culpable, aunque no lo sea, con el fin de aplacar una sed de venganza. Y aunque ambos son rivales, pues la primera defiende los derechos de Mohamedou y el segundo quiere demostrar su implicación, se encontrarán en el mismo punto de llegada. Claro que a medida que avanzan en sus investigaciones, ambos adoptarán actitudes distintas (un aspecto muy logrado en la realización).

Duncan es una abogada fría y comprometida, que prefiere mantener una actitud distante con su defendido, mientras que su joven e ingenua ayudante, Teri, enseguida cree en la inocencia de Mohamedou, por lo que sufrirá un profundo desengaño cuando descubre un documento incriminatorio hacia este. Pero nada es lo que parece. La lucha de Duncan para que el detenido obtenga una defensa justa, choca contra un sistema en el que Guantánamo es su punto ciego, ya que

está al margen de la ley. Claro que a medida que Mohamedou va escribiéndoles a sus abogadas sobre su suerte (a modo de cartas que acabarán siendo la base de un libro que inspira el filme), Duncan empieza a empatizar con Mohamedou, un chico inteligente, despierto y sincero, que había logrado obtener una beca para estudiar en Alemania, pero que debido a una serie de coincidencias se vería acusado nada menos que de coordinar a los terroristas del 11-S.



Por su parte, Stuart sufre un proceso inverso, convencido de la culpabilidad del acusado, cree que va a cumplir una labor justa y reparadora, y solo tiene que encontrar las pruebas que le vinculen directamente con el atentado. Pero a pesar de que cuenta con la autoridad y con el favor del sistema, cuanto más escarba más dudas le entran sobre la responsabilidad de Mohamedou. Su integridad y sus firmes convicciones morales sobre la justicia harán que su actitud dé un brusco giro.

La historia es incómoda y dramática, y va descomponiendo toda una densa maraña de prejuicios, rencores y resistencias donde lo importante es encontrar a alguien a quien culpar y condenar para calmar el

profundo trauma dejado por los atentados. Y, sin duda, este acercamiento, desde la ficción, a la descripción de la vida en Guantánamo es uno de los aspectos más conseguidos y desgarradores de una realización que no tiene reparos a la hora de reprobar con suma contundencia la política seguida por la Administración Bush, aunque, tras ella, las siguientes hicieron nada o muy poco para enmendarla. No solo eso, no hubo petición de perdón hacia los hombres que, como Mohamedou, acabaron en la horripilante prisión cubana, privados de todo derecho y garantía legal. De los cerca de ochocientos detenidos, solo ocho fueron condenados y tres de ellos apelaron sus sentencias. Otros, en

cambio, tristemente, no pudieron resistir el rígido e inhumano encarcelamiento al que fueron sometidos, y acabaron

suicidándose, o se radicalizaron aún más, como Al-Bagdadi, el creador del Estado Islámico.



El retrato de la cárcel de Guantánamo no tiene desperdicio, por la aguda radiografía que hace de ella. Es un microcosmos entre el cielo y el infierno. Pues, mientras los soldados pueden disfrutar de las blancas playas y el *surf* e, incluso, pueden adquirir souvenirs para sus familiares en la tienda del aeropuerto, como si fuese cualquier paraíso caribeño, en la paradoja, los presos son meros números que siempre van encadenados como peligrosos asesinos. Incluso entre los mismos reos, en los escasos o pocos

momentos de intimidad clandestina que pueden darse (sin poder verse, solo a través de sus voces), tienen miedo de confiar sus nombres, por temor a los delatores, por eso, son el Mauritano, el Marsellés.... Sus escasos lujos, como disponer de un Corán o la alfombrilla para rezar, así como dar un paseo en un patio cerrado, en el que no pueden ver a nadie, depende de su grado de colaboración, pues la alternativa es terrible (celdas frías, donde no pueden descansar ni dormir).



Así que la mayoría ceden a la presión, pues no les queda otro remedio, tras intensas vejaciones, diversas clases y grados de torturas o ya violaciones, durante semanas y meses, hasta quebrar

su voluntad. Sin embargo, en el marco de este lugar sombrío y atemporal, hay pequeñas fisuras en las que, al final, los carceleros actúan de una forma más humana, a medida que su relación con

los prisioneros se hace más larga. Ya no solo son simples números, ni rostros grises sino personas que comparten un mismo espacio carcelario, reproduciendo, con notable singularidad, esa humanidad que surge en un contexto tan terrible. Hasta se les permite contar con un balón y comparten momentos de ocio viendo programas de televisión juntos, que es lo único que les enlaza con el mundo exterior. El protagonista llega, incluso, a aprender inglés (al principio, incauto, creerá que no lo necesita porque le liberarán pronto), para luego convertirse en un modo de mantenerse cuerdo y lúcido frente a la presión a la que se le somete y, de este modo, interactuar, en la medida que se le permite, con sus carceleros. Desde luego, el director saca a relucir sus virtudes como documentalista, ofreciendo un retrato eficaz.

Otro aspecto a destacar sobre el que el filme no ahonda en exceso, pero que también tiene su punto de interés, reside en que Mohamedou, durante un tiempo, sí va a formar parte de Al-Qaeda a finales de los años 80 y principios de los 90. Para el interrogador ese acto ya le convierte en un completo culpable, pero sin

escucharle cuando aquel le responde que, entonces, la organización terrorista de Bin Laden se dedicaba a luchar contra el antiguo enemigo de EE UU, la URSS, que había ocupado Afganistán, y era considerada fiable y amiga. Claro que se pasa muy rápidamente página a este punto. Queda claro, por su actitud y su forma de ser, que, a pesar de su religiosidad, no es ningún fanático, sino un joven que se ve empujado a participar en la lucha que se consideraba la defensa del Islam. Un elemento que utilizaría de forma muy hábil Al-Qaeda, más tarde, para expansionarse y declarar su guerra al mundo occidental. No cabe ninguna duda de que su compromiso y solidaridad le jugarán a Mohamedou una mala pasada, ante una nueva realidad en donde los amigos de ayer son ahora enconados enemigos. Su mismo alegato final ante el tribunal cuando, por fin, se le juzgará, resumirá muy bien su espíritu justo e inquebrantable, a pesar de la suerte de vicisitudes negativas, cuando señalará que en árabe la palabra libertad y perdón significan lo mismo. Él no dudará en utilizarla en el segundo sentido, señalando que no guardará rencor a quienes le encarcelaron de forma tan injusta.



Es una lástima, en esta línea, que el filme dedique poco espacio al efecto que provoca en la familia del protagonista la ignorancia por su suerte, tras ser detenido, el pesar diario y permanente, sin saber con certeza dónde está o qué ha sido de él, hasta que, finalmente, una de las abogadas logra comunicarse con la madre y esta es incapaz de contener las lágrimas que se escucha a través de la línea telefónica. Y aunque sobre la tortura se han tratado en otras ocasiones desde la ficción, *Camino a Guantánamo*, (2006, Reino Unido), de Michael Winterbottom y

Mat Whitecross, producción británica que aborda el mismo tiempo, o ya en *La noche más oscura* (2012, EE UU), de Kathryn Bigelow, en la que hasta se justifica, nunca está de más retomar un aspecto fundamental como fue la violación sistemática que se hizo de las libertades y los derechos humanos por parte de un Estado democrático. Y, a pesar de que muchos de los protagonistas que permitieron tales barbaridades siguen vivos, como el expresidente Bush, retirado en su rancho de Texas, ninguno ha tenido que enfrentarse a sus decisiones.

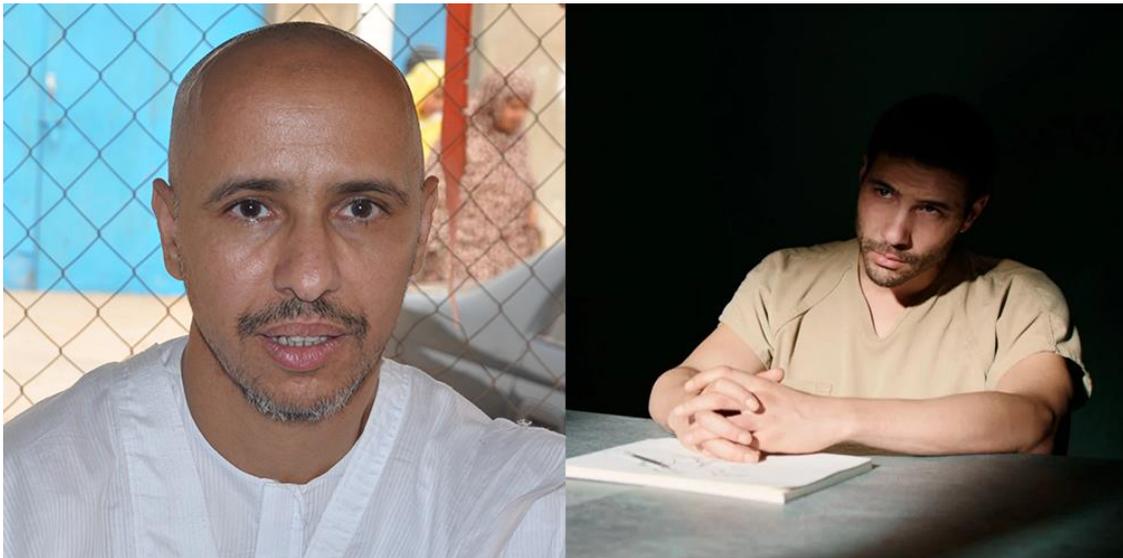


McDonald nos adentra en la faz más tenebrosa de una realidad en la que para combatir al terrorismo, no se dudó en utilizar el contraterror y que lejos de abordar debidamente la lucha contra el fanatismo, lo propagó de forma indiscriminada a lo largo y ancho del globo. También va a quedar reflejado en varias escenas el peaje que tendrán que pagar sus abogadas defensoras, provocando la animadversión contra ellas de la gente, insultándolas o empujándola, apuntando aquí la

reacción airada de una sociedad, tomándolo como algo muy personal, sin darse cuenta de que la rabia y el dolor no puede confundirse con la ira y el odio ciego. *The Mauritanian* abre una puerta importante a la reflexión, a la consideración sobre la necesidad de vigilar estrechamente a los poderes públicos y no permitir que la mezquindad de buscar venganza acabe por pervertir los fundamentos de nuestras sociedades. En este sentido, McDonald sabe tocar bien las teclas en

una realización que, tal vez, sin ser una película redonda (porque aborda muchos aspectos diferentes, pero sin ahondar lo suficiente en todos) no deja, en absoluto, indiferente. Pues la misma amenaza del yihadismo terrorista sigue vigente y no se puede permitir que se repitan tan incalificables errores en los que el sistema (en este caso una sólida democracia) acabe devorando a los individuos, siendo inocentes.

The Mauritanian es un logrado filme de denuncia política y de defensa humanitaria que por desgracia no derribará, por el momento, los muros de la siniestra prisión de Guantánamo; ni impedirá que se sigan tomando y adoptando medidas abusivas e irresponsables que, en vez de acabar con las amenazas existentes, generen, tristemente, otros terribles males.



T.O. *The Mauritanian*. Coproducción Reino Unido-Estados Unidos (2021). **Dirección:** Kevin Macdonald. **Guion:** Rory Haines, Sohrab Noshirvani, M.B. Traven. Libro: Mohamedou Ould Slahi. **Música:** Tom Hodge. **Fotografía:** Alwin H. Kuchler. **Intérpretes:** Tahar Rahim, Jodie Foster, Shailene Woodley, Benedict Cumberbatch, Zachary Levi, Corey Johnson, Langley Kirkwood y David Fynn. Duración: 129 min. Premios: Globo de oro (2020), Mejor actriz de reparto (Jodie Foster) y Premios BAFTA: 5 nominaciones, mejor película y film británico.

